

---

*Carlos Augusto León*

**Y**o venía de un coro de ángeles y serafines. Lo que otros apenas musitaban labios afuera, «Santo... santo... santo», resonaba en las bóvedas de mi corazón. «Paje de la Virgen», único en el colegio cristiano... «Buenos días, Señora»... Un azar me arrancó de todo aquello.

*Ahora sería el Liceo Caracas. Gallegos director. Un ambiente distinto... El encuentro con lo desconocido. Muchachos de todo Caracas, la picardía popular. Fue el primer gran tránsito en mi vida.*

*Y quiso el azar que fuese precisamente entonces cuando conocí a «aquel hombre menudo, siempre báculo al brazo... Pero sobre todo recordaremos aquellos ojos suyos, siempre entrejuntos, obligando el ceño a la perenne arruga... y en armonía con la voz al parecer venida de lejos, en lucha contra un gran ruido».<sup>1</sup>*

*Era nuestro profesor con su «extraña clase de lenguas muertas, cruzadas por imágenes y anécdotas en nada referentes al griego y al latín...». José Antonio Ramos Sucre, con fama de «raro», de quien leíamos en el diario El Universal algo parecido a prosa, más no exactamente tal.*

*Una corriente de simpatía me hizo acercarme a él, hasta contarme entre sus discípulos predilectos. Pero, algo más me acercaba al maestro... y eran nuestros encuentros nocturnos. Porque en la Caracas de aquellos tiempos, el joven poeta, en compañía de un extraño amigo, poco mayor que él, muy leído, quien posaba*

---

<sup>1</sup> *Las piedras mágicas*, Caracas, Editorial Suma, 1945, 59 p. Fue reproducido como prólogo a la *Obra poética* de José Antonio Ramos Sucre, editada en 1989 en Caracas por la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela.

de cínico, Oswaldo Sáez, caminaban por la noche, desde La Candelaria a El Paraíso, sólo por estar un rato frente a la casa donde dormía su «amada», quien por cierto nada sabía de todo esto. Atravesaban la ciudad dormida, desierta, silenciosa. «¿Adónde va, poeta?» preguntábale Pedro Sotillo, de vigilia en el balcón de su periódico. «De aventura, Don Pedro», porque... algún día, nadie sabía cómo le sorprendería una aventura... que nunca llegó. Pero en cambio, Oswaldo y él se encontraban, a filo de media noche, con «aquel hombre menudo, siempre báculo al brazo» dando vueltas a la Plaza Bolívar, a tiempo que, en ocasiones como si musitase algo... interrumpíamos aquel monólogo donde tal vez estaban naciendo poemas. Conversábamos y él nos narraba una anécdota, con aquella risa suya sarcástica y sonora. A veces era él quien nos detenía y nos daba su meditación del momento.

Quince años más tarde, tiempo en que lo leí muchas veces, escribí *Las piedras mágicas*. La verdad, fue un libro escrito con sufrimiento: el propósito era llegar a la raíz del tormento que obsedía al poeta; trabajaba de noche y Lupe, mi esposa, tenía que llamarme, olvidado del descanso, «Carlos, es muy tarde». Ya se sabe, vino a ser el primer libro sobre Ramos Sucre, Premio Municipal de Prosa 1945, también primero en mi vida. Me enorgulleció más que todo la felicitación de Enrique Bernardo Núñez, quien había sido miembro del Jurado, buen amigo de José Antonio. Ramos Sucre resiste y resistirá la prueba del tiempo. Ahora hay libros, estudios, conferencias, concursos, que él recibiría con una sonrisa. Él intuía claramente, sin embargo, el futuro reconocimiento. Cuando aparecieron sus libros, dijo al darlos a nuestro común amigo, al sensible y culto Eduardo Arroyo Lameda: «Ya puedo morir». Sabía que su obra seguiría viva, pese a que invocaba «el olvido solemne».

Su perennidad se basa en lo auténticamente humano de su poesía, confundida con su vida, inseparable de ésta, testimonio vivo de una existencia atormentada. Nunca solicitó apoyo crítico alguno, comentario interesado. Nunca trató de «ascender» como hoy se acostumbra, ayer como hoy, colocándose a la sombra de alguien poderoso, con ardides y entregas vergonzosas, con la más rendida adulación. De los arribistas decía muy bien Salvador Jacinto Polo de Medina, en el siglo XVII, «de nada le vale al cero ir adelante».

Sigue vigente Ramos Sucre por su límpida autenticidad en este nuestro país que es más que nunca, como afirmaba hace más de un siglo Romero García, «el país de las reputaciones consagradas y las nulidades engreídas». Éste es su mensaje: hay que entregarse íntegramente a la poesía y darla íntegra al hombre. La creación es lo que vale. El nombre, tanto más en un ambiente de crítica embustera, escasa, desplazada por la «promoción» de la industria editorial, es más que todo para quien quiera venderse, ser el mejor vendido, un best-séller.

Ya decía Montaigne «hay el nombre y la cosa...». Es el caso de aquellos que alcanzan nombre con malos métodos, en quienes «el nombre no es parte de la

*cosa... es una cosa extraña adjunta a la cosa y fuera de ella»<sup>2</sup> En Ramos Sucre son una el nombre y la cosa: es sencillamente un poeta verdadero.*

*Es en tal espíritu que he dicho en reciente poema: «Nada importa nombre, gloria, fama, olvido, / lo que importa es que este verso sea leído»<sup>3</sup>.*

*Lo cual digo en homenaje a mi maestro de Latín y de Poesía.*

---

<sup>2</sup> Montaigne, *Œuvres Complètes*, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 14, 1967, Livre I, Cap. XVI, p. 605.

<sup>3</sup> *Juegos del yo*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1989.